

REENCARNACION

J. F. BONE

Los psicólogos tienen un término bastante complicado para designar el verdadero carácter del presente relato, que se trata, ni más ni menos, de una «alucinación hipnogénica», una especie de deseo obsesivo, en el que uno se concentra a fondo, poco antes de dormirse, para conciliar el sueño. Tales ilusiones adoptan la forma de propósitos visionarios, como: «¡Qué estupendo sería si supiese tocar el piano mejor que ninguna otra persona del mundo!» O: «¿No resultaría maravilloso si pudiese gobernar a distancia los actos de la gente?».. Y cosas así.

A propósito, buen número de las mejores narraciones de fantasía científica pueden denominarse también alucinaciones hipnogénicas, extraídas de la oscuridad por sus autores, lavadas, esterilizadas, planchadas y almidonadas un poco, al objeto de que puedan soportar la presentación al público a plena luz del día.

Y este es uno de los más destacados ejemplos de relatos de ese tipo. Su acción se desarrolla en otro planeta lejano, saturado éste de formas de vida muy novelescas, entre las que se incluye la del ser simbiótico de los sueños de omnipotencia que alberga el protagonista, los cuales se convierten en realidad. Para él, no deja de ser divertido... como también es divertida su lectura, ya que ¿a quién de nosotros no le encantan los cuentos de hadas, incluso disimulados entre un conjunto de naves espaciales, gremios diabólicos, patrullas del espacio e inefables proveedores de «narcóticos»? ¡Apuesto a que a todos nos gustan!

Shifaz recorrió la estancia con una mirada furtiva. Satisfecho, al comprobar que allí no había nadie, excepto Fred Kemmer y él, rodeó la mesa del terrícola, se inclinó sobre el oído del hombre y siseó en tono de conspirador: -

-¡ Señor, ese tal Johnson es un espía! ¿Se permite sacrificarle?

- Se permite - asintió Kemmer, con inflexiones vocales acordes con la gravedad de la ocasión.

En su rostro había malhumor mientras observaba el antareño, que se deslizaba ya fuera del despacho con al revoloteo colorista de sus ropajes ceremoniosos. Tanto Kemmer como Shifaz estaban enterados, desde varias semanas antes, de que Johnson era un espía, pero el indígena necesitaba poner en práctica aquel

demente guirigay previo, para que las leyes de Antar le permitiesen actuar. De cualquier modo, los formulismos habían concluido y el asunto quedaría rematado de manera satisfactoria antes de la caída de la noche. Los nativos se movían con bastante celeridad, una vez acabadas las gestiones preliminares.

Kemmer se echó hacia atrás en la silla y emitió un suspiro. Ostentar el cargo de director local de la Sociedad Interplanetaria tenía más compensaciones que quebraderos de cabeza, pese a las rígidas costumbres rituales de la colectividad aborigen. Puesto que la mayor parte de la población local estaba bajo su férula, el contraespionaje resultaba milagrosamente eficaz. Aquel individuo llamado Johnson, por ejemplo, había permanecido en Vaornia menos de tres semanas, y a pesar de tratarse de un investigador experto y eficiente, fue localizado antes de que hubiesen transcurrido cuarenta y ocho horas, desde su llegada a la ciudad.

Kemmer cerró los párpados y dejó que una sonrisa cruzase sus afilados rasgos faciales. Bajo su administración, iba a haber un acusado ascenso de la curva de mortalidad de espías descubiertos en el triángulo Vaornia-Lagash-Margh. Con la magistratura nativa subordinada al dominio de la Sociedad Interplanetaria, la compañía contaba con una mano libre, siempre y cuando mantuviese la nariz superficialmente limpia. En cuanto a los espías, no ignoraba los peligros que iban a correr y los castigos a los que exponían si trataban de intervenir en el normal desenvolvimiento de las operaciones comerciales de la sociedad.

Kemmer bostezó, se estiró y proyectó su interés solo a asuntos más importantes.

Albert Johnson tanteó, esperanzado, en el vacío recipiente de comida, antes de apartarlo de sí. Hombre prosaico, regordete, de mediana estatura y redondo semblante ingenuo, Albert Johnson solía llamar la atención tan poco como su nombre, detalle éste que contribuía a que fuese un rastreador excelente. Pero en su actual situación no había pasado inadvertido, aunque se esforzó lo suyo para lograrlo, llegando incluso a fotografiar los actos del Procesional Sanitario, como cualquier turista.

Había estado esperando cerca del Brazo Vaornia, en carretera que conducía a Lagash, desde primera hora de tarde y ya empezaba el crepúsculo. Maldijo en voz baja hecho de que los naturales del país no tuviesen concepto del tiempo, una característica que no era exclusivamente antañona, pero que en aquel descarriado planeta se desarrolló, al parecer, hasta alcanzar un grado altísimo. Y el hecho de que Johnson tuviera un hambre de lobo no coadyudaba a mejorar su humor. Los aborígenes eran capaces de ayunar durante una semana sin sentir ningún efecto debilidad, pero el rollizo cuerpo de Johnson exigía ciertas cantidades de alimentos a

intervalos periódicos y, al encontrarse vacío su estómago protestaba de manera audible.

Miró en torno y contempló una vez más los surcos la carretera y el Brazo Vaornia del bosque Devan, que bordeaba el camino y se oscurecía por momentos. El procesional sanitario había terminado su rito cotidiano de contribución de desperdicios y los conductores de carretas portadores de incensarios arreaban a sus pacientes dacks para que avivaran el paso. No era saludable hallarse demasiado cerca del bosque tras la puesta del sol. Los animales nocturnos no hacían distinciones a la hora de devorar, importaba poco qué, o a quién, comían.

Los vaorneses utilizaban el Brazo Vaornia como vaciadero para la basura de la ciudad, un propósito admirablemente apto, ya que la vida siempre hambrienta del bosque rara vez dejaba algo sin consumir por la mañana. Y puesto que las poblaciones antareñas disponían de complicados ritos respecto a la disposición de los desechos, junto con un sistema de alcantarillado inexistente, resultaba comprensible la actitud fatalista de los aborígenes del planeta, que se quedaban indiferentes si algún que otro visitante o antareño terminaba sus días entre las fauces de cualquiera de las fieras de pesadilla que habitaban en el bosque.

El hecho de que el Brazo fuese también un lugar estupendo para deshacerse de cualquier cuerpo inoportuno no se le ocurrió a Albert hasta el instante en que tres naturales de Antar, armados de sendos cuchillos, se destacaron del cortejo de salubridad y se dirigieron hacia él. Procedían de tres puntos distintos, le acorralaban de un modo efectivo y Albert comprendió, con enfermiza certidumbre, que había sido traicionado, que Shifaz, en vez de ser confidente suyo, trabajaba para la Sociedad Interplanetaria. Albert dio la cara al indígena que tenía más cerca y tensó los músculos, aprestándose a la lucha.

Y entonces vio el zarco.

Acababa de salir de entre las crecientes tinieblas del bosque y, con su aparición en escena, todo movimiento se interrumpió. Durante cosa de un microsegundo, el trío de vaorneses se quedó paralizado. Después, como continuación a un simultáneo grito de terror, los asaltantes dieron media vuelta y pusieron pies en polvorosa, rumbo a la ciudad.

De haber sabido que se trataba de un zarco, se habrían quedado a rematar su obra semiempezada, pero en aquel momento el zarco se había reencarnado y estaba dando energía a un espantoso bicho que los terrícolas llamaban herpetomonstruo: una demencial combinación de garras, dientes y cabeza de ofidio, montada sobre un cuerpo de saurio, que exhalaba un olor terrible a putrefacción, despedido por la carroña de la que habitualmente se alimentaba. El herpetomonstruo hacía varias horas que estaba muerto, pero tanto los nativos como Albert ignoraban ese detalle.

El mero hecho de que los sujetos armados de cuchillos emprendiesen veloz y desordenada huida y de que un pánico similar se apoderase de los últimos seres que pasaban por la carretera, ya representa un buen tributo a la habilidad del zarco para dotar de seudovida al cuerpo de un herpetomonstruo. Con aterrorizada fascinación, Albert mantuvo durante unos segundos la vista clavada en aquella monstruosidad, hasta que, también, se lanzó a la fuga. Cualquier número de indígenas con cuchillos era preferible a un herpetomonstruo. Si tuvo un momento de vacilación, fue debido a que carecía de los reflejos condicionados que sólo podían ser producto de varias generaciones de exposición a la salvaje existencia antareña. Albert Johnson no los había heredado, porque su árbol genealógico estaba en la Tierra.

Se encontraba a veinte metros de distancia del nativo más rezagado, al que iba ganando terreno a pesar de que su humanidad no se prestaba al velocismo pedestre, cuando su pie tropezó con un guijarro suelto de la carretera. Agitó los brazos y movió las piernas desesperadamente para conservar el equilibrio y eludir el batacazo contra el suelo de su cuerpo, que se inclinaba decididamente hacia el piso. Luchó con las fuerzas de la gravedad y de la inercia, combatió como un hombre.

Pero perdió.

Su cabeza chocó contra otra piedra. Su cuerpo empezó a retorcerse y luego se inmovilizó, tendido e inconsciente, sobre el polvoriento camino.

El zarco retrocedió un poco al ver la espectacular caída y tuvo la absoluta seguridad de que aquella curiosa criatura se había lastimado de cierta gravedad.

Movido a compasión, avanzó sobre las lentas cuatro patas del herpetomonstruo, con las codiciosas garras cruzadas sobre el pecho en actitud de plegaria. El zarco no estaba seguro de lo que podía hacer, pero acaso le fuera posible prestar algún auxilio.

Albert, misericordiosamente, continuaba sin sentido mientras la cabeza de aquel bicho se inclinaba sobre él para inspeccionar su cuerpo inerte con ojos en forma de piña, cuyos párpados eran rojos y cuyas pupilas tenían un color azul de preocupación. El zarco observó el corte abierto en la frente del herido, notó la regularidad de la respiración y sacó la correcta consecuencia de que, fuera lo que fuese lo ocurrido, aquel bípedo se encontraba relativamente ileso. Pero el zarco no se retiró. En sus mil y pico de años de vida, nunca había visto un ser humano, cosa que no era de extrañar, puesto que los terrícolas llegaron a Antar menos de una década antes y los zarcos rara vez abandonaban el bosque.

Albert comenzó a removerse antes de que el zarco se acordara de su condición. Al no ser carnívoro, no encontró nada apetitoso en Albert, pero estaba prestando su vitalidad a un herpetomonstruo y, como todos los zarcos, era un purista. Un herpetomonstruo vivo indudablemente habría babeado de placer a la vista de un bocado tan exquisito y tentador para su paladar, así que el zarco abrió sus mandíbulas de a metro y dejó que se le cayera la baba.

Albert eligió aquel preciso instante para recuperar el conocimiento. Volvió la cabeza, medio atontado aún, y lo primero que vio fue la doble hilera de dientes afiladísimos, coronada por un triángulo de ojos que le miraban de soslayo. Una gota de baba viscosa le salpicó la frente y, cuando la horrenda cara que tenía encima se acercó a la suya, volvió a desmayarse.

El zarco chasqueó las mandíbulas desaprobadoramente. Aquella no era la actitud adecuada para adoptarla en presencia de un monstruo feroz. Sencillamente, ante tal situación, uno no se pone a dormir. Uno debería intentar la huida a todo correr. Aquella reacción del bípedo era extraordinariamente ilógica. Necesitaba investigarse.

A través de la boca del bicho que usaba como disfraz, el zarco soltó una pseudocápsula de su substancia. El hilillo rutilante descendió y tocó a Albert en la cabeza, al lado del ojo derecho. Sin pausa, el filamento líquido se filtró por la piel y el tejido de conexión, rodeó el globo del ojo y localizó el nervio óptico. Se introdujo a lo largo del tronco del nervio, se dividió en la *chiasma* óptica y entró en la *corpora quadrigemina*, donde se ramificó en innumerables fibras microscópicas, que recorrieron los principales nervios del cerebro del hombre, sondeando las zonas más importantes del pensamiento y los reflejos.

El zarco se estremeció de gozo. Aquella criatura era espléndidamente compleja y, lo que tenía más trascendencia, estaba desocupada. Iba a ser un hospedero interesantísimo.

El zarco no titubeó. Necesitaba un anfitrión en cuyo interior albergarse; imbuir pseudovida a la masa orgánica que ocupaba en aquel momento era un esfuerzo que le obligaba a un derroche excesivo de energías. El herpetomonstruo se derrumbó con un chasquido ligeramente sordo. Una burbuja de gelatina irisada brotó de la boca del animal y se fue extendiendo sobre el cuerpo de Albert, formando una fina capa. La gelatina rieló, centelleó, desapareció hacia dentro, a través de las ropas y de la piel de Albert; se difundió por los tejidos subcutáneos, enviando filamentos del grosor de cabellos a lo largo de los cordones nerviosos y las venas, hasta que unos hilillos encontraron a otros, uniéndose a ellos, y el zarco constituyó una red de ramificaciones protoplasmáticas que cubría todo el cuerpo de Albert.

De inmediato, el zarco se aplicó a la tarea de adaptarse a su nuevo albergue vivo. La experiencia le había enseñado, mucho tiempo atrás, que eso debía llevarse

a cabo con rapidez, ya que si no se apresuraba lo suficiente, el anfitrión no sobreviviría. Y como quiera que los tejidos de aquel nuevo hospedero diferían mucho de los del herpetomonstruo, el zarco se veía obligado a realizar a toda prisa un gran número de cambios químicos y estructurales. Un tanto desanimado, comprendió que sus propias reservas de energía iban a resultar insuficientes para cumplir la obra. Tendría que tomar prestada algo de fuerza, absorbiéndola de su anfitrión... y ese era un modo muy lamentable de iniciar una simbiosis. En circunstancias normales, uno daba y no recibía.

Por suerte, Albert poseía un exceso considerable de grasa, una fuente estupenda de energía, cuya asimilación por parte del zarco no le causaría daño alguno. Allí había vigor de sobras para Albert y para el zarco. El cuerpo del hombre se agitó y se contorsionó al recuperar el conocimiento, inmediatamente después de que las células variables del zarco terminaran el proceso de adaptación y el último leucocito se retirara de un tejido que, de súbito, recobró la normalidad. Habían transcurrido menos de diez minutos, pero era bastante. El zarco armonizaba con su nuevo hospedero y podía considerarse a salvo.

Albert abrió los ojos y miró en torno con frenesí. El paisaje estaba desprovisto de vida animada y lo primero que vio fue el pestilente cadáver del herpetomonstruo, que yacía a su lado. Albert sufrió un violento escalofrío, se puso en pie penosamente, tambaleándose, y echó a andar hacia Vaornia. Si no emprendió la carrera fue porque le resultaba imposible correr.

Le costaba trabajo convencerse de que estaba vivo. Sin embargo, un presuroso examen de sí mismo le persuadió de que no había señales de dentelladas en su cuerpo. Era un milagro que le hizo sentirse vagamente intranquilo. Le hubiera gustado saber qué acabó con la vida de aquel bicho feroz tan oportunamente. Pero, entonces, se le ocurrió que quizás era mejor que no lo supiese. Tal vez en el bosque Devan hubiese cosas peores que un herpetomonstruo.

Dentro de los muros de la ciudad, Vaornia lanzó un asalto triple sobre los sentidos de Albert. La vista, el oído y el olfato se vieron atacados simultáneamente. Los aborígenes se deslizaban por su lado, vestidos con largos ropajes de colores chillones. Voces sibilantes cortaban el aire como cuchillos afilados, entrechocando con los crujidos, que hacían rechinar los dientes, de las ruedas sin engrasar de las carretas tiradas por daks. El olor del humo, de los guisos, de las especias, de los perfumes y de la corrupción se mezclaba con el penetrante tufo rancio que despedían los sucios cuerpos de los vaorneses.

Aquello era viejo para Albert, pero nuevo y emocionante para el zarco. Sus incisiones en los órganos sensitivos de Albert le proporcionaban una riada de estímulos agradables como nunca había experimentado el zarco. Le maravilló el apiñamiento de edificios, adornados de balcones sobresalientes y esculturas ornamentales. Contempló con fijeza las caravanas de daks, que maniobraban, cuidadosamente, entre la muchedumbre hormigueante. Y viendo las multicolores banderas y toldos de las minúsculas tiendas alineadas a lo largo de las calles, le encantaron las ligeras y aleteantes túnicas de los aborígenes. El color era nuevo para zarco. Sus anteriores anfitriones estaban ciegos para los colores y la simbiosis con el nuevo órgano visual le abismaba en una orgía de brillantes sensaciones.

Sí Albert hubiera podido captar la emoción múltiple de; ser que se había adaptado a su organismo, probablemente se hubiese echado a reír. Porque el zarco se comportaba justo como se habría comportado el turista papanatas que Albert simulaba ser. Pero a Albert Johnson no le interesaban en absoluto las escenas típicas, los ruidos ni los olores; ni siquiera le intrigaban los nativos. Sólo quería tropezarse con uno de ellos: con el escurridizo traidor llamado Shifaz, que estuvo en un tris de acorralarle y proporcionarle un billete de ida para el sitio del que no se regresaba.

Albert caminó sin prisas por entre la multitud, utilizando la superior corpulencia de su humanidad para apartar indígenas de su camino. Haciendo caso omiso del código de conducta perfilado por la oficina de viajes de la Sociedad Interplanetaria, se las arregló para avanzar a buen ritmo hacia la densa zona del centro de la urbe que cobijaba el tazlak, o mercado de los naturales del país. Shifaz tenía allí una caseta, en la que estaba empleado en calidad de guía turístico.

El zarco, mientras tanto, no se mantenía ocioso, a pesar de su interés por lo que pasaba en el exterior. La mayor parte de su estructura se afanaba en la comprobación y revisión del cuerpo de su hospedero: se trataba de un proceso automático que no interrumpía para nada el puramente intelectual de disfrutar de las nuevas sensaciones. El organismo de Albert no se encontraba en malas condiciones. Sería imprescindible efectuar algunas obras de reparación, pero no obstante el grueso acolchado de la grasa, las piezas internas de su humanidad se hallaban en buena situación para cumplir sus funciones.

El zarco reflexionó brevemente sobre las medidas que debería tomar para disolver un miligramo de colesterol y eliminarlo de la aorta de Albert; procedió después de eso a enderezar el punto débil en el vaso sanguíneo con unas cuantas células de su propia sustancia, hasta que los tejidos de Albert pudieron rellenar el hueco. Sus conocimientos de la fisiología humana eran incompletos, pero reconoció de modo instintivo la anormalidad. Como resultado, le fue posible contribuir a la

mejora de las condiciones físicas de su anfitrión, lo cual le resultaba decididamente satisfactorio, puesto que un zarco debe ser útil.

Shifaz estaba en su puesto de costumbre, dedicado a la práctica normal de la profesión de guía. Al aproximarse Albert, se encontraba en plena descripción de los atractivos del circuito número dos, ante un puñado reducido de fascinados turistas.

- Y luego, en el centro del kazlak, entraremos en la Sala de las Novias... el mayor mercado matrimonial de Antar. Todo está preparado para que asistan ustedes al apogeo de una subasta pública, pero tenemos que apresurarnos...

Shifaz divisó entonces a Albert, que se abría paso, apartando turistas a codazos. Los ojos amarillentos del antareño se desorbitaron, su diestra bajó rápidamente hacia el cinturón y volvió a elevarse armada de un cuchillo.

Los turistas más cercanos a él retrocedieron con alarma, mientras Shifaz siseaba, dirigiéndose a Albert:

- ¡Alto, terrícola, si no quieres que arranque la vida de tu esqueleto insignificante!

-¡Traidor! - denostó Albert, sin detener su avance. Una mano regordeta se cerró en torno a la que empuñaba el cuchillo, retorciendo la muñeca, mientras la otra descendía con violencia sobre la cabeza de Shifaz, descargando un golpe que resonó, ominoso, en medio de la repentina quietud. Shifaz se desplomó de bruces y quedó tendido en el suelo, con la punta de la cola contorsionándose reflexivamente.

Una turista chilló.

- Hoy no habrá excursión, compañeros - anunció Albert -. Shifaz tiene otro compromiso.

Agarró al antareño por un pliegue de, su ropaje y sacudió como si fuera un guardapolvo sucio. Cierta número de objetos cayeron de los ocultos bolsillos; entre ellos figuraba una bolsita de seda engrasada, Albert Soltó al nativo recogió la bolsa, la abrió, la olfateó y asintió con la cabeza.

Encajaba. Las cosas aparecían ya más claras.

Aún estaba asintiendo con la cabeza, cuando dos terrícolas con el uniforme de la Sociedad Interplanetaria surgieron de, entre la muchedumbre.

- Lo siento, señor - dijo el más robusto de la pareja -, pero ha cometido una infracción del pacto Antar Sociedad Interplanetaria. Me temo que tendrá que acompañarnos.

- Ese caimán subdesarrollado trató de matarme - protestó Albert.

- De eso no sé nada - repuso el agente de la Sociedad. Usted agredió a un nativo y eso es un crimen. Será mejor que venga con nosotros pacíficamente... la justicia local es más bien primitiva y desagradable.

- Soy ciudadano de la Tierra y... empezó Albert.

- Este planeta se encuentra bajo los auspicios de un tratado comercial. - El guardia sacó la cachiporra de su vaina y se golpeó la palma de la mano con el tubo de cuero relleno. Tenemos obligación de proteger de los nativos a las personas como usted Y, si se resiste, emplearemos la fuerza.

- No me resisto, pero me parece que esto es un abuso. No - Su objeción ha sido anotada - manifestó el funcionario de la Sociedad Interplanetaria y se incluirá en el informe oficial. Y ahora, venga con nosotros, o nos encontraremos en un lío foral cuando llegue la policía indígena, A la sociedad no le gustan los líos forales. Son perniciosos para el negocio,

Los dos miembros de la Sociedad Interplanetaria le obligaron a subir a un vehículo de superficie que aguardaba a escasos metros de allí y partieron al instante. Todo se llevó a cabo con tranquilidad, sosiego y eficiencia. Los guardias eran buenos elementos.

Y la sala de arresto local también era buena y moderna. Y Albert lo observó torcidamente era limpia, a prueba de fugas. Albert podía considerarse todo un experto en celdas y los gruesos barrotes, la fuerte cerradura y la cavidad de espionaje del techo obtuvieron su respeto, que no tuvo más remedio que conceder.

Suspiró y tomó asiento en el catre, único mobiliario del calabozo. Había sido un necio al permitir que la cólera anulase todos los demás sentimientos. La Sociedad interplanetaria utilizaría probablemente aquella escaramuza con Shifaz como excusa para devolverle a la Tierra como turista indeseable... lo cual pondría término a su misión en Antar y un borrón en su singularmente inmaculada hoja de servicios.

Desde luego, podían no mostrarse tan suaves con él si llegaban a enterarse de que sabía que cultivaban tabaco. Pero no creía que conociesen tal detalle... y si revisaron su historial, todo lo que habrían descubierto sería que ostentaba el cargo

de investigador del Servicio de Aduanas. Técnicamente, las operaciones criminales no eran asunto suyo. Su terreno quedaba dentro de los límites de la evasión de impuestos.

No le preocupaba en exceso el hecho de que Shifaz hubiese intentado matarle. En los mundos primitivos como aquél, el asesinato era un procedimiento corriente: resultaba más barato matar a un agente que sobornarle y que liquidar los impuestos correspondientes. Sin embargo, estaba furioso consigo mismo por haber permitido que el indígena le engañase.

Se encogió de hombros. Conforme a las reglas del juego, la Sociedad Interplanetaria declararían ahora un beneficio del dos por ciento como resultado de sus operaciones en Antar, en vez del cuatro por ciento de pérdida que se asignó al final del ejercicio anterior. Pagarían los impuestos como caballeros... y Albert sería despellejado por el jefe, cuando volviera a la central terrestre, por haber permitido que la Sociedad Interplanetaria le desenmascarase. Se efectuarían pesquisas como consecuencia de su informe sobre el cultivo de tabaco, pero los datos que conocía eran pocos y resultaría imposible demostrar acusación alguna... Y la Sociedad Interplanetaria dispondría de tiempo en abundancia para enterrar todas las pruebas.

Si la central terrestre no hubiese averiguado que la sociedad debía algunos miles de millones de megacréditos en impuestos atrasados, él no estaría allí. Le hablan apartado de su trabajo en la Contaduría General, porque se necesitaban todos los efectivos humanos, tanto los que ejecutaban tareas activas como los que cumplían funciones sedentarias, para llevar a cabo la operación de limpieza. Se iba a revisar hasta la última faceta de los negocios, numerosos y extensos, de la Sociedad Interplanetaria. Hasta los rincones apartadísimos, como Antar, figuraban en la lista... puntos que normalmente sólo exigían un vistazo superficial, con los Ojos de un inspector técnico de segunda fila.

Observado por encima, el planeta Antar presentaba el aspecto poco importante y oscuro de un cuerpo celeste en vías iniciales de exploración. Había allí los acostumbrados puestos mercantiles de avanzada, algunas plantas piloto, comercio al por mayor y al por menor, centros turísticos y recreativos - todo diseñado con vistas a que los aborígenes se fueran familiarizando con la presencia de terrícolas y de sus trabajos y demás establecimientos propios para la creación paulatina de una conciencia comercial, para desarrollar los gustos de aquellos seres hacia los artículos de consumo de la civilización. Pero aunque las instalaciones físicas y el elemento humano eran adecuados para un mundo de aquella proporción, la forma en que estaban distribuidos los distintos elementos era un error.

Un técnico probablemente no lo habría notado, pero para un agente que llevaba cerca de un cuarto de siglo alternando con empresas fabriles y comerciales, aquella disposición operativa estaba equivocada, No parecía haberse programado para rendir al máximo. El triángulo Vaorniaia Gash Timargh disponía de más hombres y de más material que la Base Primógena, Lo cual no era lógico. Resultaba ineficaz, y la Sociedad Interplanetaria nunca se distinguió por su ineficacia.

Al no tener una mente orientada hacia las cuestiones de la delincuencia, Albert sólo descubrió por casualidad el verdadero motivo que justificaba el que la Sociedad Interplanetaria tuviese en aquella zona semejante concentración de personal e instalaciones. Ocurrió un día cuando, distraídamente, encendió un cigarrillo en una calle de Vaornia. Casi de modo automático, se percató de que fumar por allí representaba una transgresión de los principios éticos que imperaban en los mundos exteriores. Se apresuró a arrojar el pitillo, que fue a caer a los pies de una pareja de vaorneses dedicados a un paseo tranquilo.

Ambos se quedaron mirando el cigarrillo con ojos desorbitados, olfatearon el humo que ascendía de él y, a la vez que emitían un simultáneo silbido de sorpresa, se inclinaron para recogerlo. Sus cabezas chocaron con cierta violencia. El pitillo se deshizo entre sus dedos ávidos y, durante un momento, los dos vaorneses se sisearon con odio el uno al otro, para desviar después, al unísono, sus miradas hostiles hacia Albert. A juzgar por la cara que pusieron, no cabía duda de que les asaltó el convencimiento de que aquella era una sucia jugada terrestre para robarles su dignidad. Luego reanudaron la marcha con paso majestuoso, mientras agitaban coléricamente las escamas de su cuello. Llevaban pegadas aún a sus dedos algunas hebras de tabaco del cigarrillo.

Ni siquiera a Albert podía pasársele por alto el significado del suceso. El lanzamiento de la colilla produjo en aquellos entes la misma reacción que un cartucho de morfina hubiera ocasionado en un grupo de adictos humanos. Puesto que la Sociedad Interplanetaria no corrompería con tabaco a una raza susceptible de enviciarse, siempre y cuando hubiese algún otro medio legal mucho más barato, la respuesta lógica era que el tabaco no resultaba caro en aquel planeta - se debatía la cuestión del establecimiento en Antar de plantaciones operativas -, en cuyo caso, la tendencia al tabaco era un requisito previo para promover su consumo, y la concentración del personal de la Sociedad Interplanetaria cobraba sentido.

Ahora bien, como todo terrícola sabía, el tabaco era el único monopolio de la Confederación, y la Tierra había mantenido ese monopolio mediante tratados y mediante la fuerza, a pesar de las innumerables tentativas que se hicieron para acabar con él. Existían buenas razones para semejante política, que iban desde la regulación del vicio hasta los ingresos fiscales, pero ambos distaban mucho de ser los motivos más importantes. Los derechos de aduana permitía el sostenimiento de

una sección considerable de la Central terrestre, así como una extensa flota de combate, la Cual mantenía la paz y el Orden en las rutas espaciales y entre los distintos mundos.

Pero una mercancía de poco peso y grandes beneficios como el tabaco era una tentación constante para cualquier oportunista de los negocios al que le importase el dinero y le tuviera sin cuidado respetar la ley. La Sociedad Interplanetaria encajaba perfectamente en esa definición. En el libro de la Sección de Impuestos, la Sociedad Interplanetaria figuraba como una entidad defraudadora, dispuesta a recortar Y sacar provecho de lo que se presentase. Su característica fundamental había sido la misma durante tres siglos, a pesar de que su cuerpo directivo cambió de forma completa varias veces. Albert sonrió torcidamente. Los veteranos tenían razón cuando daban Personalidad legal a las sociedades corporativas.

Los cigarrillos cuyo coste de producción no pasaba de cinco créditos y que podían venderse a doscientos, siempre interesarían a cualquier malhechor. Y, en consecuencia, la central terrestre no cesaba de investigar los continuos informes que la llegaban sobre plantaciones ilegales. Eventualmente, se descubrían tales plantaciones, se destruían y se castigaba a sus propietarios. Pero el quid de la cuestión estribaba en el término «eventualmente», y si quien explotaba la plantación era una sociedad, ninguna Agencia Reguladora, en su sano juicio se atrevería a aplicar el rigor punitivo de la ley en toda su fuerza. Eso equivalía al suicidio Político, porque casi la mitad de la Población de la Tierra obtenía dividendos o cobraba su salario de tales compañías.

Eso, naturalmente, era lo malo de las sociedades. De forma invariable, se desarrollaban en exceso Y se hacían demasiado poderosas. Pero destrozarlas como hicieron los Antiguos, era destruir su eficacia. Lo que realmente se necesitaba era una conciencia social.

Albert dejó escapar una risita gutural. Aquel Pensamiento resultaba bastante improductivo.

Fred Kemmer recibió la noticia de que Albert había sido arrestado con una calma filosófica que le duró cerca de media hora. A la mañana siguiente, el hombre sería entregado a la Patrulla de la Base Primógena. La Patrulla apoyaría la acusación de que Albert Johnson era un turista indeseable y le enviaría de nuevo a la Tierra.

Pero la calma filosófica desapareció con un frenético sobresalto, cuando Shifaz le informó de la inspección que Johnson hizo de la bolsita de seda engrasada. El tabaco en bruto era algo que no debería encontrarse ni a varios años luz de Antar; su significado sería evidente incluso para un inspector de Aduanas. Kemmer maldijo

al nativo. Toda la operación quedaría abortada y sus sueños de ascenso se desvanecerían.

- No era mi ración - protestó Shifaz -. La llevaba para Karas, el del mercado de aparcamientos. Pide un paquete por cada sesión que organiza en honor de esos necios turistas de la Tierra.

- Debiste esconderlo mejor.

-¿Cómo iba a suponer que ese imbécil gordinflón regresaría con vida? ¿Y quién iba a figurarse que la emprendería a golpes conmigo?

- Te he advertido una y otra vez que los terrícolas son duros de pelar, sobre todo cuando se enfadan, pero lo tienes que aprender a copia de palizas, ya lo veo. Ahora estamos todos en un brete. A la Patrulla no le gustan los cultivadores ilegales de tabaco. El tabaco es responsable de su paga.

- Pero el terrícola se encuentra todavía en sus manos y no ha tenido tiempo ni ocasión para transmitir lo que sabe - apuntó Shifaz -. Todavía puede matarle.

Se aclaró el semblante de Kemmer. Claro, ésa era la solución. Diferir el informe a la Patrulla y eliminar al espía. La operación y el porvenir de Kemmer quedaban a salvo. Pero le fastidió la idea de que se había dejado dominar por el pánico, en vez de reflexionar un poco. Su buen juicio se aturrulló ante el temor de verse complicado en un delito importante. Prepararía a Johnson una succulenta comida... y realizaría personalmente la entrega. A aquellas alturas, no podía permitirse el arriesgado lujo de confiar en un subordinado.

El fruncido ceño de Kemmer acabó transformándose en sonrisa. El expediente del sabueso indicaba que se perecía por la comida. Al menos, iba a morir feliz.

Con un débil chasquido metálico, la bandeja cargada pasó a través de la hendidura existente en la pared del fondo de la celda de Albert Johnson.

La vista y el aroma de los guisos terrestres le recordó que llevaba varias horas sin probar bocado. Se le hizo la boca agua cuando levantó la bandeja y la llevó hasta el catre. Por lo menos, la Sociedad Interplanetaria no le iba a dejar morir de inanición, y si hacía falta algo que corroborase cómo trataba a sus prisioneros, allí estaba aquel calabozo: una celda de la Sociedad Interplanetaria era el mejor alojamiento existente en todo el planeta.

Puesto que debía transcurrir cierto espacio de tiempo para que las sustancias se difundieran por el epitelio intestinal y penetrasen en la circulación, el zarco recibió aviso de lo que iba a suceder, gracias a la conducta de las células epiteliales

alineadas en el intestino de Albert. Como resultado, una cantidad considerable del alcaloide se detuvo antes de entrar en el cuerpo de Johnsson... pero algo se filtró, porque el zarco no era omnipotente.

Durante cosa de cinco minutos, después de haber dado cuenta de los alimentos, Albert se sintió normalmente lleno y cómodo. Luego, un infierno se desencadenó en su interior. Devolvió la mayor parte de la comida con explosiva violencia y los calambres le obligaron a doblarse sobre sí mismo. El zarco volvió a aplicarse a la tarea de neutralizar y eliminar el veneno. Las superficies absorbentes se cerraron, se desparramaron fluidos en la región intestinal y se formaron antisustancias, procedentes de las reservas de energía de Albert, para contrarrestar los efectos del alcaloide restante.

Ninguna de las medidas protectoras del zarco fueron normales para el organismo de Albert, y debido al brusco vaciado de la glucosa de la sangre, para reponer la energía que necesitaba el zarco, Albert sufrió un choque hipoglicémico. El zarco lo lamentó, pero no disponía de tiempo para recurrir a otras fuentes de energía, menos a mano. De hecho, no tenía tiempo para nada, salvo para adoptar las medidas protectoras más elementales. En consecuencia, las convulsiones, la taquicardia y el coma debían ser ignorados.

Piadosamente, los espasmos de Albert fueron breves, pero cuando el zarco hubo terminado, yacía inconsciente sobre el suelo, contorsionando el cuerpo con sacudidas irregulares, mientras el asustado centinela llamaba, alarmado, a los médicos.

El zarco se estremeció, a impulsos de su náusea particular. El alcaloide no le había perjudicado en absoluto, pero los dolores de su anfitrión le hacían sentirse enfermo de disgusto para consigo mismo. El haberse albergado en el interior de una forma de vida que ingería casualmente venenos mortales no representaba excusa alguna. Debió haber estado más alerta, haber captado antes las deficiencias de su hospedero. Le había salvado la vida, lo cual no dejaba de ser una compensación, y aún podía hacer mucho más, tomando medidas restauradoras y correctivas para prevenir y evitar que se repitiese aquello... pero el zarco se sentía desdichado mientras se aprestaba a hacer algo para arreglar el hígado de Albert y restaurar el nivel de azúcar en la sangre.

La doctora quedó confundida. Había examinado pacientes en condiciones peculiares, pero, en aquella comisaría, el choque hipoglicémico era algo nuevo. Y, al no sentirse segura de sí misma, ordenó el traslado de Albert a la enfermería, para someterle a observación. El celador, naturalmente, se abstuvo de poner objeciones,

y Kemmer, cuando se enteró de ello, no pudo hacer más que rechinar los dientes, desilusionado. Ya pisaba un terreno demasiado resbaladizo, sin necesidad de empeorar las cosas negándose a permitir que se tomaran las precauciones adecuadas para preservar la salud de su maldispuesto invitado. De un modo u otro, aquel maldito espía volvió a salvar el pellejo...

Albert movió la cabeza con trabajo infinito y observó el aparato intravenoso, que goteaba una solución incolora en la vena de su extendido brazo izquierdo, a la altura del codo. No experimentaba dolor alguno, pero la debilidad física resultaba aterradora. Sólo pudo moverse mediante un gran esfuerzo y la ligera maniobra le dejó aturdido y sin aliento. Era evidente que le habían envenenado y que sólo gracias a un milagro de la providencia logró sobrevivir. Y saltaba también a la vista que se imponía efectuar un reajuste de la situación. De la última intentona contra su vida, el responsable era alguien que estaba situado en la escalera unos peldaños más arriba que Shifaz. No cabía posibilidad alguna de que el indígena llegase hasta la segura celda de la Sociedad Interplanetaria.

Tal deducción llevaba implícitas algunas ideas desagradables. Alguien, un personaje importante, le temía lo suficiente como para desearle un óbito inmediato, lo cual significaba que sus conocimientos acerca del tabaco ilegal no eran tan secretos como creía. Iba a ser suicida continuar más tiempo en las manos de la Sociedad Interplanetaria. Tenía que ingeniárselas para, de una manera o de otra, salir de allí e informar a la Patrulla.

Miró con expresión desalentada el descenso de la gota intravenosa. Si aquel líquido era un veneno, ya no habría forma de salvar la vida. Estaría a medio camino del otro barrio. Pero no se sentía nada indispuerto, aparte la debilidad. Lo más probable era que todo fuese bien. En cualquier caso, tendría que aceptar lo que viniese. Las condiciones de su cuerpo no le permitiría nada más.

Suspiró y se relajó en la cama, consciente de la somnolencia que se apoderaba de él. Cuando se despertase, ya haría algo respecto a la situación, pero en aquel momento, el sueño le estaba venciendo.

Albert se despertó fresco y vigorizado. Tenía la misma hambre de siempre, antes del desayuno. Fuera lo que fuese, aquella solución había obrado milagros. Que pudiese juzgar, se sentía completamente normal.

La doctora le observó con asombro, al encontrársele sentado en la cama, cuando hizo su ronda matinal. Resultaba sorprendente, pero aquel caso lo era en muchos aspectos. La noche anterior, el enfermo se encontraba en un estado de absoluta

postración y, por la mañana, avanzaba con paso firme por el camino de la recuperación.

Albert la miró, irradiando curiosidad.

-¿Qué había en ese mejunje que me inoculó?

- Sólo dextroglucosa y salina - repuso la doctora -. Al reconocerle, no encontré en su cuerpo más que hipoglicemia y deshidratación, por lo tanto, procedí a tratar eso.

- Hizo una pausa y contempló al paciente con la misma curiosidad que desplegaba él. Le preguntó -: ¿Qué cree usted que le ha sucedido?

- Me parece que fui envenenado.

- Eso es imposible.

- Tal vez - concedió Albert -, pero quizá sea buena idea analizar los restos de la comida que tomé en la celda.

- Limpiaron esa celda hace horas.

- Una medida conveniente, ¿eh?

- No sé lo que está tratando de insinuar - contestó la doctora -. Es posible que alguien de la cocina cometiese un error. Sin embargo, el único caso que se ha presentado es el de usted. - Puso cara de estar meditando. Creo que iré a efectuar una pequeña comprobación en la cocina central, sólo para estar segura. - Esbozó una rutilante sonrisa profesional -. De todas formas, me alegro de que se haya recobrado tan bien. Tengo la certeza de que podré darle de alta mañana.

Desapareció a través de la puerta, entre el roce de su blanco uniforme. Tras aguzar el oído durante un momento, para tener la seguridad de que se había alejado, Albert saltó del lecho y emprendió la inspección del cuarto.

No era ninguna celda de cárcel. No del todo. Pero tampoco estaba diseñada la habitación para facilitar la fuga a nadie. Se encontraba en el último piso del edificio de la Sociedad Interplanetaria, a sus buenos treinta metros de altura sobre el nivel de la calle. La puerta estaba cerrada con llave y la ventana tenía un enrejado de acero. Pero tanto la puerta como la ventana se colocaron pensando que el ocupante del cuarto sería un individuo más bien enfermo y no un hombre sano y desesperado.

Albert miró por la ventana. La construcción había sido levantada de forma que armonizase con las estructuras indígenas de la vecindad, así que los muros exteriores estaban sembrados de protuberancias y salientes a los que podría

agarrarse un hombre fuerte y lo bastante valeroso como para afrontar los terrores del descenso.

Al mirar pared abajo, el ánimo de Albert vaciló. Pero al recordar los últimos acontecimientos, se decidió.

Fred Kemmer estaba fastidiado. De acuerdo con todas las normas, Albert Johnson debería haber muerto. Pero Shifaz falló y aquel estúpido centinela *tuvo* que llamar a los médicos. Ahora que se hallaba en la enfermería, iba a costar más trabajo acabar con Johnson, pero no quedaba más remedio que el de alcanzarle de una vez.

Uno podía comprar el silencio de un agente que investigaba evasiones de impuestos, pero el tabaco era otra cuestión, radicalmente distinta. Kemmer deseó no haber accedido a tomar el mando de la Operación Nicociana. Los resplandecientes sueños de ascenso y fortuna empezaban a amarillear por los bordes. Le atormentaban visiones de la Colonia Penal, porque si la operación fracasaba, él pagaría el pato. Era la cabeza de turco. Supo eso cuando aceptó el cargo, pero, entonces, la posibilidad de un descalabro le pareció remota.

Sacudió la cabeza. Después de todo, las cosas no estaban tan mal. Mientras Johnson no se hubiera comunicado con nadie, y en tanto continuara en manos de la compañía, siempre podía hacerse algo.

Kemmer meditó durante un buen rato, tratando de ponerse en el lugar de Johnson. Indudablemente, el espía estaba asustado e, indudablemente, intentaría escapar. Y puesto que la fuga le resultaría más fácil desde el dispensario que desde el calabozo, llevaría a cabo su intento lo antes posible.

El rostro de Kemmer se iluminó. Si Johnson albergaba la intención de probar a fugarse, iba a descubrir que la cosa no era tan sencilla como suponía.

Con su característica celeridad, Kemmer esbozó unos planes e hizo los arreglos necesarios. Un centinela permanecía apostado en el pasillo, con órdenes de disparar si Johnson trataba de forzar la puerta del cuarto, y Kemmer se situó personalmente en el edificio del otro lado de la calle, frente al hospital, desde donde le era posible vigilar la ventana del cuarto de Albert. Como se figuró, la ventana era la mejor apuesta. Dispuso a su lado el arma de largo cañón. Johnson no tenía la menor probabilidad de salir bien librado de aquélla, pero tantos aplazamientos en la tarea final de rematarle empezaban a resultar más que fastidiosos.

Cautelosamente, Albert probó el enrejado que cubría la ventana. El clima antareño había oxidado los gruesos tornillos que lo mantenían unido al marco. Una

de las barras estaba suelta. Si pudiera sacarla del todo, le serviría de palanca para desencajar todo el enrejado.

Albert dio un tirón a la barra. Crujió y chirrió. Johnson aplicó más presión, con los nervios tensos, y la barra comenzó a salir despacio del sitio donde estaba empotrada.

El zarco observó sus maniobras con interés. ¿Por qué se dedicaba su anfitrión a sacar aquella vara metálica de la madera donde la habían encajado? Lo ignoraba y le consumía la curiosidad. No había encontrado aún el modo de comunicarse con su hospedero, cosa que le permitiría enterarse y comprender el porqué de las extrañas manipulaciones del hombre; en las partes del cerebro que había explorado no halló portal alguno de intercomunicación. Sin embargo, todavía le quedaba por reconocer una gran zona latente, y acaso estuviese allí lo que buscaba. El zarco insertó cierto número de ramificaciones por las áreas en blanco, sondeando, conectando enlaces, abriendo caminos inusitados, tratando de dar con lo que esperaba existiese.

Los resultados de aquella operación fueron completamente imprevistos por y para el zarco, ya que tenía un ego subordinado en esencia, con toda la orfandad y aislamiento propio que eso llevaba consigo... y, por otra parte, nunca se había albergado en un cuerpo dotado de un cerebro potencial de primera clase. Al no tener experiencia anterior alguna en la que basarse, el zarco no podía suponer que sus actos iban a tener una relación peculiar con el hombre y el mundo que le rodeaba. Y si el zarco lo hubiera sabido, probablemente no le habría importado.

Albert sacó la barra y, utilizándola a guisa de palanca, arrancó el enrejado. Tras un momentáneo titubeo, franqueó el hueco, se agarró al alféizar y fue bajando el cuerpo hasta que sus pies se apoyaron en un adorno que sobresalía del muro. Había una protuberancia, ubicada a unos sesenta centímetros, más abajo de la que ocupaba. La vio al lanzar un rápido vistazo por la pared. Oprimiéndose contra ésta, bajó poco a poco un pie, hasta tropezar con aquel punto de apoyo. Aliviado, trasladó el peso del cuerpo al pie inferior y, al hacerlo, una oleada de calor envolvió sus piernas. La protuberancia se separó del muro con un sonido rechinante, mezclado con el silbar de una descarga de rayos, y Albert inició una caída vertiginosa hacia la calle.

Mientras el empedrado se precipitaba a su encuentro, Albert tuvo una fracción de segundo para desear breve y fervientemente hallarse en cualquier otro sitio. Después, el pensamiento fue engullido por una negrura gélida.

Fred Kemmer dibujó en su rostro una mueca de satisfacción, mientras bajaba el disparador de rayos. Había adivinado perfectamente la conducta del hombre y, en adelante, el investigador dejaría de ser una inquietud viva...

Contempló el descenso a plomo del cuerpo... y se quedó boquiabierto, lleno de consternación, porque, a menos de tres metros del pavimento adoquinado, ¡ Albert se desvaneció de pronto en el aire!

Fue una desaparición demasiado sorprendente, demasiado pasmosa, demasiado chocante. Y sorpresa, pasmo y sobresalto fue lo que experimentó Albert cuando se encontró de pie en la calle donde le detuvieron los guardias de la Sociedad Interplanetaria. Conforme a las leyes naturales, debería estar convertido en una masa sanguinolenta, aplastada contra el piso del arroyo, bajo la ventana de la enfermería. Pero no era así. No era cosa de perder el tiempo preguntándose inútilmente por qué estaba allí y no en el otro lado, ni de sumergirse en profundas meditaciones a fin de determinar cómo pudo arreglárselas para eludir la muerte segura que le esperaba. La cuestión era que estaba hecho y nada más. Con eso bastaba.

Era casi como si la historia se repitiese. Shifaz se encontraba en su puesto de costumbre, dirigiendo la palabra otro grupo de turistas. El disco era el mismo de la otra vez y le faltaban sólo unas pocas frases para llegar al punto de la alocución en que se interrumpió. Pero sus actos al divisar a Albert fueron distintos por completo. Abrió mucho los ojos y luego descendió disimuladamente del estrado en la esquina del tenderete y desapareció, mezclándose con la multitud que llenaba la vía pública.

Albert le siguió. El hecho de que Shifaz estuviese en alguna parte de aquella muchedumbre era suficiente para impulsarle a ponerse en movimiento, y, una vez en marcha, la terquedad le mantuvo avanzando irresistiblemente a través del denso enjambre de vaorneses. El sentido común le dijo que ningún terrícola podía albergar la esperanza de localizar a un nativo que se ocultase entre centenares de individuos de su propia raza. Las figuras de dinosaurios bípedos de aquellos seres parecían haber salido todas de un mismo molde.

La persecución en medio de aquella turba era una inutilidad, pero Albert continuó adentrándose por el kazlak, recorriendo una pista invisible, mientras un sexto sentido sobrenatural le comunicaba que iba por el buen término. Estaba tan seguro de eso como de que su nombre era Albert Johnson. Y cuando, por último, acorraló a Shifaz en una callejuela desierta, él fue el único de los dos que no se extrañó.

Shifaz se encogió sobre sí mismo y luego salió disparado hacia Albert. El antareño empuñaba un centelleante cuchillo. Albert notó un dolor agudo a través de los músculos del brazo izquierdo cuando bloqueó el tajo dirigido hacia su estómago, retorció la muñeca del indígena, le arrancó el cuchillo de la mano y lanzó al atacante contra el pavimento.

Shifaz rebotó como una pelota de goma, pero no tenía la más remota probabilidad frente al terrícola, más alto, corpulento y fuerte que él. Albert volvió a derribarle con un golpe. En esa ocasión, el aborigen no se levantó. Continuó tendido en mitad del callejón, con un hilillo de sangre brotando de la comisura de su boca sin labios y despidiendo odio en oleadas palpables.

Albert permaneció erguido sobre él; la corta, pero vi<> lenta agarrada le obligaba a jadear un poco.

- Y ahora, Shifaz, vas a contarme cosas - manifestó en tono ominoso.

- Puedes largarte a tu correccional - se burló Shifaz -. No diré nada.

- Te arrancaré las respuestas a golpes... - musitó Albert en voz alta -. Pero no voy a sacudirte una zurra vulgar. Sólo formularé preguntas, y cada vez que no me guste tu contestación, te volará uno de tus dientes, como consecuencia del puntapié correspondiente a mi desagrado. Si no contestas, te garantizo que vas a tardar poco en tener todo el aspecto de una abuelita muy anciana.

Shifaz se tomó de color verde pálido. Perder la dentadura era un castigo reservado sólo a las hembras. Sería objeto de risas y burlas por doquier... pero había algo peor que perder los dientes o la cara: perder la vida. Y Shifaz sabía que le iba a suceder eso si traicionaba a la Sociedad Interplanetaria. Se animó después. Siempre le quedaba el recurso de mentir, y aquel voluminoso animal terrícola no estaría enterado de muchas cosas... no era posible que las supiera. Así que inclinó la cabeza, asintiendo, con un toquecito artístico de desgana.

- Está bien - articuló. Hablaré.

Inyectó matices de miedo en la voz. No le costó gran trabajo.

-¿Dónde conseguiste ese tabaco? - interrogó Albert.

- En una granja dijo Shifaz. Era cierto. El terrícola probablemente sabría algo sobre el tabaco y no resultaba - imprescindible mentir, todavía.

-¿Dónde está esa granja?

Shifaz pensó rápidamente en el claro del bosque, al sur de Lagash, donde se cultivaban las plantas de hojas verdes y anchas. Pero explicó:

- En las cercanías de Timargh, junto a la carretera que va hacia el sur.

Aguardó, rígido, la reacción de Albert, dando un respingo cuando el hombre de la Tierra echó atrás uno de sus pies. Timargh se encontraba a ochenta kilómetros largos de Lagash y, si el embuste pasaba, podría seguir adelante confiado.

Pasó el momento de tensión. Albert volvió a poner el pie en el suelo.

-¿Has dicho la verdad?

- Que Murgh sea mi testigo - silabeó Shifaz en tono sincero.

Albert asintió, mientras Shifaz se tranquilizaba con disimulado alivio. Al parecer, el hombre sabía que Murgh era la deidad más sagrada y respetada del panteón de Antar, y los juramentos basados en su nombre eran inviolables. Pero lo que ignoraba aquel sujeto carente de escamas era que aquello sólo tenía aplicación en los antaños. Por lo que concernía a los extranjeros de otros mundos, la cosa no tenía efecto.

Así que Johnson continuó interrogando, y Shifaz respondiendo, a veces con prontitud, otras de visible mala gana, diciendo la verdad cuando no entrañaba ningún perjuicio, mintiendo cuando era necesario. El cerebro del nativo era fértil y la trama de mentiras y verdades se sostenía bastante bien; Albert pareció darse por satisfecho. De cualquier modo, acabó por marcharse, dejando tras de sí a un sibilante vaornés, que se congratulaba de haberse impuesto una vez más, gracias a las tragaderas de aquel extranjero. Era tan fácil engañarle que casi resultaba un crimen hacerlo.

Pero no se habría sentido tan contento y tan encantado consigo mismo, si hubiera visto lo que se desarrollaba en la mente de Albert. Porque Albert supo la verdad acerca de la finca rústica de cuatrocientos acres situada al sur de Lagash. Se enteró de la existencia de los ocultos cobertizos donde se curaba y se trataba la planta. Tuvo noticia de que tanto los vaorneses como los lagashitas estaban complicados en algo que llamaban «Operación Nicociana», y que la aprobaban de una manera absoluta, bien fuese por pura delincuencia, bien porque se sintieran inclinados al vicio de fumar. Albert había estado leyendo tranquilamente el cerebro del nativo, mientras las mentiras y las verdades a medias iban cayendo de la bifurcada lengua del vaornés. Y, al captar el último pensamiento de Shifaz, Albert no pudo contener una risita ahogada.

En uno de los cruces más importantes, Albert se detuvo bajo una llameante antorcha y se examinó el brazo. Había una amplia mancha roja, que parecía negra al destacar sobre la blancura del pijama. Tanta sangre significaba que la herida era algo más que un rasguño, incluso aunque no sufriesen dolor alguno... y las cuchilladas en aquel planeta podían tener consecuencias fatales si no se atendían con prontitud.

De súbito, se sintió solo e impotente, y deseó con desesperación disponer de un sitio tranquilo, en el que pudiera curarse la herida y estar a salvo de las miradas curiosas. Llamaba demasiado la atención. En la calle, el pijama estaba fuera de

lugar. No le cupo duda de que los nativos se apresurarían a ir con el cuento a la Sociedad Interplanetaria.

Su mente volvió al cuarto del hostel donde se había hospedado, en el que tenía un armario bien provisto de prendas de vestir y un botiquín de primeros auxilios.. Y se repitió el instante de profunda oscuridad. A continuación, se encontró de pie en medio del cuarto, frente al armario que contenía sus ropas.

No experimentó sorpresa alguna esa vez. Comprendió lo que había sucedido. En el interior de su cuerpo, algo actuaba como minúsculo transformador, trasladándole por el hiperespacio del mismo modo que la sala de máquinas de una astronave transformaba los pliegues de la normal continuidad tiempo espacio. No había nada realmente extraño en ello. Era un poder que debía tener... que debía tener todo hombre normal. El que no lo hubiese tenido hasta entonces carecía de trascendencia, y el que otros hombres no dispusieran de él en aquellos instantes, simplemente los convertía en anormales.

Sonrió al pensar en las posibilidades que le ofrecían los nuevos poderes adquiridos. Eran enormes. Por lo menos, triplicaban su valor como agente. Nada quedaría a salvo de su investigación. Los escondrijos más secretos se abrirían al conjuro de sus sondeos. Nada podría detenerle, puesto que el dominio del hiperespacio le permitiría burlarse de las barreras materiales.

Emitió una risita de felicidad mientras se quitaba la chaqueta del pijama y alargaba la mano para coger el botiquín. A juzgar por el trozo rasgado en la manga, debía haber d~ bajo un buen corte, y le sorprendió un poco que la hemorragia hubiese sido tan pequeña. Limpió la sangre seca... y no encontró nada, excepto una línea sin sangre, trazada alrededor de la mitad del brazo. Ni siquiera se trataba de un arañazo.

Sin embargo, había notado que la hoja del cuchillo de Shifaz se le hundió en la carne. Estaba convencido de que el daño tenía que ser mayor. La sangre y la manga rasgada confirmaban esa creencia, incluso aunque los nervios no le hubiesen avisado. A pesar de todo, no sentía ningún temor y, desde luego, el cerrado rasguño no era la herida más importante que esperó hallar. Y eso resultaba extraño, algo que no tenía explicación. Albert frunció el entrecejo. Quizás se trataba de otra faceta de los factores psíquicos que había adquirido tan de súbito.

Se preguntó de dónde procederían aquellas nuevas cualidades. Sin previa advertencia, se encontró de pronto capacitado para leer los cerebros ajenos y para

llevar a cabo efectivos trabajos de teletraslado. Casi lo único que le faltaba a su psique era hacerse con poderes de telequinesia y precognición.

Se le paralizó el fruncimiento de entrecejo al darse cuenta de que le embargaba cierta sensación de intranquilidad. Avanzaban por el pasillo: dos guardias de la Sociedad Interplanetaria. Apreció la mezcla de duda y certidumbre que llevaban en la cabeza. Dudaban de que se encontrase en el cuarto; y tenían la certeza de que a la larga acabarían por apresarle, ya que en Antar no existía ningún lugar donde pudiera esconderse un terrícola.

Albert se puso el primer traje que se le vino a las manos, bendiciendo los apéndices sellados que le permitían a uno vestirse en cuestión de segundos. Cuando los guardias abrieron la puerta de su habitación, Albert Johnson visualizaba el punto de la carretera de Lagash donde encontró al herpetomonstruo. Fue más sencillo que las veces anteriores. Mientras los guardias irrumpían en su cuarto del hostel, Albert brotaba inopinadamente en mitad de la carretera, y se convertía en el centro de la sorprendida atención de unos cuantos viajeros que pasaban por allí.

La brillante claridad del áureo día de Antar, se descolgaba desde un cielo sin nubes. En la faja de arbolado extendida por delante, Albert pudo oír una mescolanza de toses, gruñidos y refunfuños, mientras las bestias menores se alimentaban con los restos de los desperdicios del día anterior. Albert emprendió la marcha carretera abajo, sin hacer caso de los asombrados nativos. En aquella ocasión no tenía miedo de tropezarse con un herpetomonstruo o con cualquier otra especie de fiera, ya que tenía un sistema de escape a toda prueba. Lagash se hallaba a cosa de cincuenta kilómetros, pero dada la inferior gravedad de Antar, el paseo era más estimulante que agotador.

Continuó a paso regular, volviendo la mirada de vez en cuando sobre el firme de la carretera y grabando en su memoria algunos trechos, para poder regresar vía teletransporte si resultaba necesario. Se percató de que le era facilísimo archivar detalles en su mente. Hasta la situación de los matorros de hierba y los puñados de ramas podía recordarlos al cabo de un rato, con minuciosa y perfecta claridad. Aquella perfección de su memoria le maravilló y le encantó.

El zarco también se sentía complacido consigo mismo. Aunque nunca soñó con el potencial que contenía el cerebro de su anfitrión, se daba cuenta de que era responsable directo de que aquellos poderes sobrenaturales se hubiesen desatado, disfrutaba de las nuevas sensaciones y ansiaba más. Si la exploración parcial había logrado tanto, ¿hasta dónde llegaría la capacidad de aquel notable cerebro? El zarco lo ignoraba, pero, como buen experimentador, estaba decidido a averiguarlo...

así que continuó adelante con sus sondeos y ensayos, abriendo más sendas y conectando más enlaces con el cerebro consciente.

Era una tarea rutinaria, que podía realizarse automáticamente, mientras el zarco gozaba de la belleza policroma del paisaje antareño.

Tras dejar rápidamente el bosque a su espalda, Albert anduvo por un terreno ondulante, cubierto de praderas y salpicado de pequeñas granjas y casas solariegas. Era un cuadro pacífico, similar a muchos que había contemplado en la Tierra, y semejante familiaridad le hizo sentir un poco de nostalgia y desear encontrarse otra vez en casa. Pero tal sensación no fue demasiado fuerte, sino más intelectual que física, ya que los recuerdos de la Tierra le resultaban extrañamente borrosos.

El tiempo iba transcurriendo y la carretera desenredándose y quedando detrás. Una vez tuvo que esconderse entre unos matorrales, mientras pasaba zumbando un vehículo de superficie de la Sociedad Interplanetaria, y en dos ocasiones más se ocultó para que no le viesan los ocupantes de otros tantos coches aéreos, pero tales molestias tenían una importancia secundaria.

Cuando se ocultaba del segundo coche aéreo, espantó a un «kelit» que descansaba entre la espesa maleza que bordeaba el camino. El pequeño devorador de insectos emitió una protesta alarmada y salió disparado hacia la salvación del otro lado de la carretera. Y, al mirar al animalito, Albert tuvo conciencia no sólo de su forma externa, sino también de sus interioridades!

Vio claramente su corazoncito latiéndole en el pecho y la agitación de los pulmones rosados que lo envolvían. Observó los músculos, tensándose y relajándose, mientras el kelit corría, y los largos huesos deslizándose en sus lubricadas articulaciones. Apreció la rigidez de los órganos abdominales, percibió el pánico cervical que inundaba el cerebro de la criatura. La totalidad de las impresiones se filtró por su ser con una límpida oleada de frío sobresalto.

Se encogió de hombros, ceñudo. Tenía ESP. Su vista atravesaba cuerpos opacos. Debía haberlo esperado... era el siguiente paso lógico. Regresó a la carretera y reanudó la marcha, un poco más aprisa, hasta que divisó los edificios de Lagash.

El Brazo Lagash estaba más distante de la urbe que el Brazo Vaornia, y cuando llegó a aquella franja de selva, volvió los ojos hacia los arcos vacíos situados entre los árboles. Hacía tiempo que el último desperdicio comestible fue consumido y las

bestias mayores y menores habían partido ya en dirección a las más frescas profundidades de la espesura, lo que no fue óbice para que Albert se diese cuenta de la existencia de vida por allí. Se desarrollaba en todas partes, a su alrededor, en los árboles con sus capas circulares rodeando los troncos y sus vástagos, que ascendían lentamente desde la capa inferior de conchas de su corteza, en los insectos que se alimentaban del néctar de los brotes aéreos de las parras, en las raudas reacciones fotosintéticas de las hojas...

Elevó la mirada, y apreció la presencia de los pájaros y de los diminutos mamíferos arbóreos. Contempló todo el bosque, con los ojos saturados de maravilla ante su vivacidad y su hermosura. Era el único modo adecuado de mirar y ver.

A la distancia apropiada de Lagash, se lanzó audazmente a campo traviesa y penetró en la zona principal del bosque, mientras se decía que probablemente era el primer ser humano de la historia de Antar que emprendía la exploración de una de las extensiones de selva virgen con el convencimiento absoluto de que saldría vivo de allí. Y, como sucede con frecuencia a los hombres que no tienen miedo alguno, las dificultades se apartaron de su camino.

Siguió las indicaciones que había obtenido de Shifaz y encontró la plantación sin obstáculos ni contratiempos. Difícilmente se le hubiera pasado por alto, ya que su tamaño distaba mucho de haber sido expresado con exactitud por la memoria del nativo. Shifaz se había quedado muy corto. Hábilmente oculta bajo una red de parras aéreas que la hacían invisible desde el aire, tapando las solanáceas a los ojos de cualquier detector casual, la plantación extendía sus hileras, una a continuación de otras, en parcelas irregulares, separadas entre sí por filas de árboles, en los que estaba suspendido el emparrado que las encubría. Una frágil cerca electrificada aparecía tendida alrededor de la zona, una defensa aparentemente débil, pero que ni el animal de mayores dimensiones de Antar se atrevería a intentar traspasar.

Albert silbó suavemente para sí al contemplar aquella hacienda y lo registró todo en la memoria. Luego, habiendo concluido la parte de testigo ocular, proyectó su mente sobre el recuerdo de un tramo de carretera y provocó el teletraslado.

El viaje de regreso a Vaornia fue de naturaleza experimental, ya que Albert puso a prueba durante el transcurso del mismo el alcance de sus poderes. El mayor trecho que pudo recorrer fue de unos treinta kilómetros de golpe, y el recorrido que a la ida le costó ocho horas, tardó en repetirlo de vuelta algo así como veinte minutos, contando media docena de descansos y retrocesos.

No cabía duda alguna acerca del sitio al que Albert se encaminaría seguidamente. Tenía que conseguir pruebas, y esas pruebas sólo estaban en un lugar: en la oficina local de la Sociedad Interplanetaria en Vaornia.

Al cabo de un momento, se encontraba en la sala de recepción, mirando por encima de las mesas desiertas el rectángulo de claridad que se filtraba por el panel de cristalina de la puerta del despacho de Fred Kemmer. En aquel preciso instante, el hombre estaría probablemente sudando sangre al pensar en lo que ocurriría si Albert Johnson se las arreglaba por fin para escapar. La sociedad le desautorizaría y le dejaría enfrentarse a una sentencia de diez años de encarcelamiento en la Colonia Penal. Albert casi llegó a compadecerlo.

Dejó que su sentido de percepción atravesara el tabique y penetrara en el cuarto de Kemmer. Su suposición era acertada: el jefe local de la empresa estaba sudando.

Revisó el despacho de Kemmer a toda prisa, pero lo que en realidad le interesaba de veras era la gran caja de caudales que había junto a la mesa escritorio. Visualizó el interior de la caja de seguridad y se metió en ella mediante el teletransporte. Separado de Kemmer por quince centímetros del metal más duro conocido por la raza humana, hojeó sosegadamente los archivos de correspondencia confidencial hasta que dio con lo que buscaba. No necesitaba luz. Su percepción trabajaba con la misma eficacia tanto en la oscuridad como a pleno sol.

Había en la gran caja de caudales suficientes pruebas documentales para procesar a unos cuantos funcionarios de la Sociedad Interplanetaria de bastante más jerarquía que Kemmer... y tal vez la investigación de los archivos de esos funcionarios proporcionaría material para encausar a otros de más categoría aún. Albert pensó que, a dondequiera que fuese Kemmer a parar, no iría solo.

Albert seleccionó todas las cartas y documentos comprometedores que pudo hallar y se guardó los microarchivos en la chaqueta. Por último, cargado con una voluminosa información documental, se teletrasladó a la calle.

Era demasiado tarde para que hubiese muchos indígenas pululando por la vía pública y su aparición no provocó comentarios. Inadvertido, al parecer, se adentró en seguida por el kazlak, buscando un sitio adecuado para esconder los papeles que había hurtado. Su estancia en Vaornia le había enseñado a andarse con cien ojos. Repasó las cercanías de su persona una y otra vez, para cerciorarse de que no había nativo alguno dentro del radio de su percepción.

Se zambulló en la callejuela donde había acorralado a Shifaz. No le falló la memoria. Existía un pequeño boquete en la pared de uno de los edificios, un agujero semioculto por un pegote de argamasa resquebrajada y apenas visible en la oscuridad. La lobreguez del barrio del kazlak apenas variaba con la noche o el día, ya que el inmenso laberinto de pasajes cubiertos y muros de construcciones sólo estaba horadado por algunas aberturas de ventilación. En los cruces principales

había hachones encendidos constantemente, pero sus llamas sin humo daban una iluminación muy pobre a las calles.

Mientras colocaba los microarchivos en el oscuro interior de la brecha, Albert se preguntó ociosamente cómo se las arregló para recordar el camino hasta aquel sitio, y mucho menos el hueco. Terminó de esconder los papeles y estuvo fuera del túnel principal antes de percatarse de que los vehículos de superficie de la Sociedad Interplanetaria formaban un cordón en torno suyo.

La compañía estaba realmente sobre su pista, con los delatores apostados por todas partes. Pero ignoraban sus habilidades. Visualizó y probó el teletraslado. Iban a quedarse bien sorprendidos cuando se desvaneciera en el aire, ante sus propios ojos... pero no se desvaneció.

Una expresión de asombro sobresaltado no se había borrado aún de su cara cuando una metralleta de rayos le apuntó directamente al pecho.

Estaba atado a una silla, en el despacho de Fred Kemmer. Reconoció la estancia con facilidad, pese a que, de un modo físico, nunca penetró allí. Le dolía la cabeza, observó que llevaba un registrador poligráfico atado al brazo izquierdo y tras él, fuera del alcance de su mirada, adivinó la presencia de otro hombre y de varias máquinas. Frente a sí tenía a Fred Kemmer, con cara de enorme satisfacción.

- No empieces a creerte muy listo - aconsejó Kemmer-. Tu situación no te lo permite.

- Intentaste matarme tres veces - le recordó Albert.

- Siempre hay una cuarta ocasión.

- En este caso, no lo creo. Demasiada gente está enterada del asunto.

- He llegado a esa misma conclusión - dijo Kemmer -, pero existen otros sistemas. El lavado de cerebro es un buen recurso.

-¡Es ilegal! - protestó Albert -. Además...

-¿Y qué? - le interrumpió Kemmer -. Estamos en un universo ilegal.

Albert se apresuró a sondear con urgencia el cerebro del funcionario de la Sociedad Interplanetaria, animado por la esperanza de descubrir en él algo que le proporcionase alguna ventaja... Pero todo lo que encontró allí fueron pensamientos superficiales: alegría por el hecho de haber cazado al sabueso y tenerlo a su merced en un sitio donde no le era posible causar perjuicio alguno; planes para convertir a Albert en un idiota de mente inutilizada; ideas para arrancar información al

prisionero... Todo tenía un aire de certeza y confianza que resultaba enervante. Albert había subestimado al enemigo. Era hora de huir de allí, si podía.

Albert visualizó una zona de la parte exterior de Vaornia y, cuando trataba de forzar el autoenvío, una máquina aumentó el volumen del zumbido que emitía, a su espalda. No se movió. Error, pensó Albert, preocupado, no voy a ir a ninguna parte... Y sabe que estoy asustado.

- Los intentos no te servirán de nada - dijo Kemmer -. No hacía falta poseer una inteligencia excepcional para comprender que utilizabas el hiperespacio para tus actos de desaparición. Hay un campo aislado alrededor de esa silla que ocupas, capaz de detener a un yate espacial. - Se inclinó hacia delante -. Y ahora... ¿cuáles son tus contactos y quién te proporcionó la información relativa al sitio donde debías mirar?

Albert no vio razón alguna para ocultar esos datos, pero tampoco le pareció sensato revelar nada. La Patrulla ya habría recibido aviso de su detención y se presentaría allí de un momento a otro,

Fue como si Kemmer hubiese leído su cerebro.

- No confíes en que te vayan a rescatar. La Patrulla no recibió informe ninguno; me encargué de eso. - Kemmer hizo una pausa y saltó a la vista que disfrutaba lo increíble contemplado la expresión del rostro de Albert. Prosiguió:

Ya sabes, hay una cosa respecto a los nervios que quizás hayas olvidado. Un estímulo produce una breve descarga nerviosa que dura aproximadamente una centésima de segundo. La sigue un período de refractividad de cosa de una décima de ese tiempo, mientras el nervio se repolariza, y luego, inmediatamente después de la repolarización viene un espacio extremadamente corto de hipersensibilidad.

-¿Qué tiene que ver conmigo todo eso? - preguntó Albert.

- Te enterarás si no contestas con prontitud y verismo. Ese artilugio de tu brazo está conectado a un polígrafo. Veamos, ¿quieres hacer una declaración?

Albert sacudió la cabeza. Tuvo conciencia de un pequeño ramalazo de dolor en un dedo y, segundos después, alguien le arrancó el dedo de la mano con unas pinzas al rojo vivo. Chilló. No pudo evitarlo. Aquel tormento sobrepasaba los límites de la agonía.

- Divertido, ¿verdad? - inquirió Kemmer, mientras Albert bajaba la vista hacia el dedo amputado, que seguía unido a la mano. Lo bonito de todo esto es que ni siquiera deja señales. Naturalmente, si se repite en exceso, puede terminar con una parálisis permanente de la parte estimulada. Insistiré en la pregunta: ¿quién te dio la información?

Albert habló. Era inútil tratar de pegársela a un polígrafo y no deseaba verse sometido a aquel tratamiento nervioso... Luego volvió a escudriñar el interior de la cabeza de Kemmer y comprobó que se avecinaba el lavado de cerebro. El sobresalto fue como una ducha de agua helada. Kemmer estaba pensando jubilosamente: «El estímulo hipersensible reducirá a ese gordinflón de la silla a un montón informe de carne sin cerebro, susceptible de moldearse como masilla húmeda. »

Albert Johnson se sintió impotente. No podía correr ni luchar. Pero tampoco estaba dispuesto a darse por vencido. Su percepción revisó a Kemmer por fuera y por dentro con meticulosidad y cuidado microscópicos, buscando en él alguna zona débil, algo que pudiera explotarse ventajosamente. Kemmer debía tener algún punto vulnerable.

Así era.

Había una parte de la línea interna de la vena radial del brazo izquierdo de Kemmer. Había recibido recientemente una inoculación, una de esas constantes inyecciones inmunizadoras que eran necesarias en Antar, y tenía un pequeño trombo adherido al pinchazo de la aguja, en la parte interior de la vena. En circunstancias normales, eso no hubiera tenido trascendencia alguna y, con el tiempo, el coágulo habría acabado por ser absorbido, pero ofrecía considerables posibilidades para la complicación: todo lo que tenía que hacerse era soltar aquella minúscula burbuja de fibrina y células rojas de la pared de la vena.

Esperanzado, Albert probó fortuna. Aunque no pudiera moverse, quizás lograra arrancar de allí el coágulo.

El trombo se agitó y quedó libre, precipitándose por la corriente sanguínea hacia el corazón de Kemmer. Albert siguió sus movimientos, le vio recorrer la arteria pulmonar y continuar por las venas más pequeñas, hasta que se detuvo exactamente en la conjunción de dos arteriolas.

Kemmer tosió, su semblante se tomó blanco de dolor y se apretó el pecho con ambas manos. Albert pensó, torvo, que sus sufrimientos representaban una corta reparación por la agonía que le acababa de ocasionar a él. Una embolia pulmonar no mataría a Kemmer, pero los efectos eran desproporcionados en relación con la causa y durarían un rato. Sonrió implacable cuando Kemmer fue a parar al suelo.

Un hombre surgió de detrás de la silla, se precipitó hacia adelante y se inclinó sobre Kemmer. Maniobrando con premura, se sacó un comunicador de bolsillo, marcó un número frenéticamente y habló con voz que rezumaba apremio.

-¡Departamento médico! Al despacho del jefe... pronto

Durante un segundo, Albert no se dio cuenta de que el zumbido de la maquinaria que estaba a su espalda se había interrumpido, pero en cuanto lo comprendió, Albert Johnson y la silla se desvanecieron.

El zarco se percató de que su anfitrión había recibido nuevas heridas. Resultaba irritante ser tan inútil. A Albert no cesaban de sucederle cosas, las cuales no podían corregirse hasta que era demasiado tarde. Participaban allí fuerzas que no sabía cómo gobernar; todas al margen por completo de la experiencia del zarco. El único alivio que sintió fue el que le produjo comprobar que Albert conseguía recobrar su aptitud para moverse... Y mientras observaba otra vez el familiar paisaje antareño, el zarco se consideró casi feliz. Desde luego, Albert probablemente se encontraría en dificultades, pero la cosa ya no era tan mala. Por lo menos, el hombre se había alejado de la causa de su dolor.

Era una situación de todos los diablos, reflexionó Albert sentado junto a la carretera que conducía a Lagash y mientras forcejeaba con los nudos de las cuerdas que le mantenían atado a la silla. Se las había ingeniado para escapar se del poder de Kemmer, pero parecía probable que no fuese mucho más lejos. Tal como estaban las cosas, no podía transmitir la información obtenida y, a aquellas alturas, era casi seguro que todas las oficinas de la Sociedad Interplanetaria en el planeta estuviesen sobre aviso, informadas ya de la presencia en Antar de un agente tipo psíquico de la Central Terrestre; uno que no era inherente mente vacilante, como aquellos pobres diablos de los laboratorios parapsicológicos de la Tierra. Estarían preparado para localizarle y tendrían a punto todos sus aparatos, des de pantallas antitransformador hasta «Kellys».

No subestimaba ahora a la Sociedad Interplanetaria. Cualesquiera que pudiesen ser sus principios inmorales, el personal con el que contaba no era tonto ni lento para la acción. Estaba atrapado en aquel sector del planeta. La Base Primógena se encontraba a más de mil seiscientos kilómetro de distancia, e incluso aunque se las arreglase para volver por las rutas comerciales, existía la certeza virtual de que nunca iba a poder acercarse a ningún comunicador clase ni a la oficina de la Patrulla. La Sociedad Interplanetaria dispondría de tiempo de sobra para cogerle de nuevo. Por muchos poderes extranormales que posea, un hombre sol no tendría la más remota probabilidad de salir bien librado frente a la masiva tecnología de aquella empresa.

Sin embargo, le quedaba el recurso de jugar al escondite con la Sociedad Interplanetaria en aquella zona, durante algún tiempo, contando con la posibilidad razonable de que no le apresaran en seguida. Si no para otra cosa, por 1 menos tendría cierto valor sirviendo de incordio. Logró soltarse una mano de la cuerda que

se la ligaba al brazo de la silla y, rápidamente, desató el resto de la soga. Volvía a ser libre. Pero, ¿qué iba a hacer con su libertad?

Dejó abandonada la silla y emprendió la marcha carretera abajo, en dirección a Lagash. No tenía ningún motivo especial para tomar precisamente ese rumbo, pero en aquel momento un derrotero era lo mismo que otro, hasta que proyectase un plan de acción. Reinaba en su cerebro un extraño aturdimiento. No se percató de que había llegado al límite de sus fuerzas hasta que cayó derrengado junto al camino.

Para comprender lo lastimoso de la tarea que realizó para protegerle del veneno y de la tortura nerviosa, el zarco se las arregló bastante bien para bloquear las penalidades del hambre y la fatiga, hasta que el oprimido organismo de Albert no pudo soportar más. El zarco comprendió su error al derrumbarse el cuerpo de Albert. No hizo nada. Su anfitrión había consumido una cantidad tremenda de energía, sin rellenar el vacío, y necesitaba tiempo para descansar, reponerse mediante reservas menos aprovechables, desintoxicarse y eliminar los venenos metabólicos de su cuerpo.

La tarde avanzó mucho, antes de que Albert se recuperase lo suficiente como para conceder un interés algo más que pasajero a lo que le rodeaba. Tuvo el vago recuerdo de haber contratado una carreta de daks para que le transportara carretera adelante. Aparentemente, ese recuerdo era correcto, ya que se encontró tendido en la caja de una carreta, cargada de cortos trozos de caña. El vehículo se movía a ritmo vivo, pese a que los movimientos del dak enganchado a las barras parecían calmosos. Pero los pesados troncos de tres metros devoraban distancia con rapidez.

Notó que le agobiaba un apetito incomodísimo y que la sed le había dejado la boca seca y algodonosa. Le asaltó la impresión de que llevaba varios días sin comer ni beber. Se encontraba profundamente exhausto, desecado hasta más allá del agotamiento. No estaba en condiciones de hacer nada y, so pena de que consiguiese agua y comida de inmediato, sería presa fácil para la Sociedad Interplanetaria.

Examinó la caja de la carreta, pero lo único que habla allí eran las cañas sobre las que descansaba. Ni siquiera unas cucharadas del asqueroso comistrajo en forma de potaje inmundos que los naturales del país llamaban alimento. Los trabajadores indígenas no se molestaban en comer durante las horas de trabajo.

Se dio media vuelta, poco a poco, notando la dureza de las cañas, que se le clavaron en el cuerpo mientras se volvía. Continuó pensando en comida: almuerzos a bordo de astronaves, cenas en casa, restaurantes de la Tierra prestos a satisfacer al cliente, patatas, filetes, pan... Alimento reanimadores, saturados de proteínas, grasas y carbohidratos.

Carbohidratos... Por alguna razón, tal pensamiento le mantenía aferrado a su cerebro. Y no tardó en comprender por qué.

Las cañas que constituían la carga de la carreta ¡era cañas de azúcar! Nunca las había visto en la Tierra, pero debió ocurrírsele que las encontraría allí, en Antar: uno de los capítulos más importantes de las exportaciones terrestres eran las semillas de las que se obtenían remolachas y caña de azúcar.

Cogió un trozo de caña del montón y tiró un mordisco a uno de los extremos. Su depauperado cuerpo acogió ávidamente la dulce energía que llenó su boca.

Con la restauración de su equilibrio de vigor, afluyeron a su mente ideas más claras y lógicas. Pudo recuperarse bastante como para obligar a la Sociedad Interplanetaria que derrochase precioso tiempo buscándole, pero las maniobras de demora carecían de valor positivo. Al final, acabarían atrapándolo y, con su muerte, desaparecería toda utilidad de las averiguaciones que llevó a cabo. Pero si lograba pasar recado a la Patrulla, podría desbaratarse todo aquel negocio sucio.

Ahora bien, si conseguía organizar un jaleo de gran Envergadura... el asunto quizá llegase al olfato de la Patrulla. Acaso trabajando a través del centenar o cosa así turistas que visitaban Vaornia y Lagash, podría...

Esa era la única solución posible. La Sociedad Interplanetaria estaba en condiciones de desembarazarse de un hombre, pero eliminar a cien personas era otra cosa... Y en alguna parte de aquel grupo de turistas habría uno que hablaría, alguien que transmitiría el informe. A la Sociedad Interplanetaria le iba a resultar imposible conservar en secreto sus actividades ilícitas sin proceder al lavado de cerebro de un montón de gente, y eso, en sí mismo, bastaría para que una cosmonave de la Patrulla se dirigiese allí a toda velocidad.

Emitió una risita gutural, rezumante de dicha. El carretero nativo se extrañó al oír aquel ruido con el que no estaba familiarizado y volvió la cabeza con el tiempo justo para ver desvanecerse en el aire a su pasajero, el cual se llevó consigo un haz de cañas. El aborigen meneó la cabeza, un gesto extrañamente humano. Aquellos forasteros eran unas criaturas verdaderamente raras.

Enflaquecido, pálido, pero feliz, Albert estaba sentado a una mesa, en una de las pequeñas cafeterías del centro terrestre, y conversaba con el jefe mientras consumía la segunda ración de postre. El espantoso desgaste de energías, consecuencia de la incesante actividad y de la tensión a que se vio sometido al tener que dar esquinazo constantemente a las cuadrillas de la Sociedad

Interplanetaria lanzadas en su persecución, le habían convertido en una sombra esquelética... pero se las ingenió para sobrevivir hasta que la astronave de la Patrulla llegó para investigar el fondo de las extrañas historias referidas por los turistas, acerca de un hombre que rondaba por las ciudades de Lagash y Vaornia y por la carretera que las enlazaba.

-Eso es todo lo que hay sobre el asunto, señor concluyó Albert -. En cuanto caí en el hecho de que ni siquiera la Sociedad Interplanetaria podía irse de rositas tras cometer un asesinato en masa, todo resultó sencillo. Lo único que tenía que hacer era surgir en puntos insospechados, contar mi historia y, luego, para que todo fuera más impresionante, desaparecer de pronto. Dispuse de cerca de dos días antes de que la Sociedad Interplanetaria se percatase de lo que estaba sucediendo y, para entonces, usted ya había sido informado. La única dificultad estribaba en conseguir lo bastante para comer. Estuve condenadamente a punto de morir de hambre mientras la Patrulla se presentaba. Creo que debemos una buena suma, que deberá liquidarse en concepto de reparación a varios agricultores y tenderos, por los alimentos que les robé.

- Se les pagará, siempre y cuando efectúen la debida reclamación - manifestó el jefe -. Pero hay un detalle que me intriga. Cuando abandonaste la Tierra, no tenias poderes psíquicos de ninguna clase. Sin duda los conseguiste una vez iniciada la misión, ¿pero dónde?

Albert sacudió la cabeza.

- No lo sé repuso. A menos que estuvieran latentes en mi interior y se desarrollaran gracias a las peculiares condiciones físicas y climatológicas de Antar. O quizá fue a consecuencia del susto que me produjo el tropiezo con aquel herpetomonstruo. No estoy seguro de que dispusiera de ellos antes de la escaramuza con Shifaz.

- Bueno, desde luego, los posees ahora. Los muchachos del departamento de parapsicología tienen unas ganas locas de echarle el guante, pero los hemos mantenido a raya.

- Gracias. No me seduce la idea de transformarme en un conejillo de Indias.

- Es lo menos que podemos hacer por ti, ya que nos has proporcionado una buena causa judicial contra la Sociedad Interplanetaria. Ni sus retorcidos picapleitos lograrán sacarles de ésta. - El jefe sonrió. Resulta estupendo, para variar, tener a esos individuos en la situación adecuada para cantarles las cuarenta.

- Les hace falta una dosis de conciencia aplicada, convino Albert.

- El Gobierno te debe también una bonificación y un voto de agradecimiento.

- Mi reconocimiento por la bonificación, me vendrá de perlas - dijo Albert, al tiempo que hacía una seña a la camarera -. Ultimamente, no puedo permitirme el lujo de satisfacer del todo mi apetito.

- Es comprensible. Al fin y al cabo, has perdido cuarenta kilos y pico de peso.

- Me pregunto si los recuperaré - murmuró Albert, una fracción de segundo antes de emprenderla con el tercer postre.

El jefe le contempló con envidia.

- Yo no me preocuparía de eso Comentó. Lo que tienes que hacer es recobrar tu fortaleza. Hay otra misión esperándote; para cumplirla, necesitarás las nuevas cualidades que has adquirido. - Se puso en pie -. Ya nos veremos luego. Mi úlcera no puede resistir más el espectáculo de tu apetito.

Se alejó.

Dentro de Albert, el zarco se alertó. ¡ Una nueva misión! Eso significaba que visitarían otro mundo y experimentarían otras sensaciones. Verdaderamente, su anfitrión era algo magnífico! Fue un día de suerte cuando se le ocurrió salir del cuerpo sin vida del herpetomonstruo. El zarco se estremeció de pura delicia. -.

Y Albert lo notó.

Al desviar su percepción hacia adentro, para comprobar qué ocurría allí, vio al zarco por primera vez.

Durante un segundo, una oleada de *repulsión recorrió* todo su cuerpo, pero al darse cuenta de hasta qué punto aquella masa protoplásmica estaba intrincadamente entrelazada con la suya, comprendió que ése era el motivo de sus nuevos poderes. No podía haber otra explicación.

Y al proseguir su análisis interno, no pudo por menos maravillarse. El zarco era un ser no específico, cosa que jamás habría imaginado: se trataba de un conjunto amorfo de células altamente desarrolladas y evolucionadas, que podían imitar los tejidos normales, de una forma capaz de desafiar con éxito todo intento ordinario de hallazgo. Era algo al mismo tiempo más alto y más bajo que la propia carne de Albert, algo más primitivo y, sin embargo; infinitamente más adelantado.

El zarco se había salido por fin con la suya. Estableció comunicación con el ser que le albergaba.

- Respóndame, parásito - murmuró Albert subvocalmente -. Sé que estás ahí... Sé que puedes contestar!

El zarco ejecutó el proteico equivalente de un encogimiento de hombros. Si Albert supiese cómo trató de tomar contacto con él... Pero, no, no había comunicación entre ellos. Sus métodos de pensamiento eran tan distintos que no cabía ninguna clase de relación.

Se contorsionó... y Albert dio un respingo. Y, por primera vez en su larga existencia le zarco tuvo una idea original. Trasladó unos cuantos miligramos de su substancia a la región laríngea de Albert, y después de un previo espasmo glótico, el hombre manifestó de una manera clara y completamente involuntaria:

- De acuerdo. Aquí estoy.

La sorpresa petrificó a Albert, pero cuando dominó sobresalto se echó a reír.

- Vaya, yo me lo busqué - dijo. Pero esto es como cuento del hombre que se dirigía la palabra a sí mismo y recibía contestación. No le resulta a uno lo que se di reconfortante.

- Lo lamento - pidió excusas el zarco - No es mi deseo ocasionar molestias.

- Pues no parece que te esfuerces mucho en evitarlo.

- Fue el único modo que pude imaginar para tomar contacto con tu cerebro consciente... y querías que me pusiese en comunicación.

- Sospecho que estas en lo cierto. Pero aunque es bonito saber que de veras tengo un ángel de la guarda, me sentiría mejor si te ajustaras más a lo tradicional, llevases alas, túnica blanca, etcétera, y revoloteases sobre mis hombros.

- No comprendo - dijo el zarco.

- Era un chiste. Verás continuó Albert, al cabo de un momento, nunca se me ocurrió tratar de percibir mi interioridades. Supongo que ninguno de los exámenes médicos reveló nada distinto a lo normal.

- Siempre temí que pudieses sospechar esto antes de que pudiera decírtelo yo - repuso el zarco -. Era una línea de razonamiento evidente, Y tú eres una entidad dotada de inteligencia .. el ser más inteligente que he habitado jamás, mala cosa es que tenga que abandonar tu alojamiento. He disfrutado mucho contigo.

-¿Quién habló de abandono? - preguntó Albert.

- Tú. Me di cuenta de la repugnancia que sentiste al descubrir mi presencia. No me resultó agradable, pero si pongo que no pudiste evitarlo. La tuya es una raza

muy individualista, una raza que no desea Soportar., - titubeó la voz, como si buscara la palabra adecuada. Luego concluyó -: compañeros de viaje,

Albert sonrió.

- Hay precedentes históricos que apoyan ese comentario, pero tu interpretación no es absolutamente exacta. Sentí sorpresa. Me dejaste pasmado.

Guardó silencio a continuación, y el zarco respetó la actividad de su cerebro y se abstuvo de interrumpirla.

Albert reflexionaba a fondo, con el zarco como objeto central de sus meditaciones. Era cierto que le protegió durante su estancia en Antar, como también era cierto que los poderes psíquicos que recibió se los debía a él. Su deuda con el zarco era enorme, porque sin su ayuda no habría sobrevivido.

Sólo existía un inconveniente.

Con todo y ser asexual, el zarco debía poseer las características propias de la vida, puesto que, como saltaba a la vista, estaba vivo. Y esas características eran invariables de punta a cabo del universo conocido. Los cuatro criterios vitales, definidos siglos atrás, seguían en vigor. Y esos criterios eran: desarrollo, metabolismo, irritabilidad... y *reproducción*. Pese a su carencia de sexo, el zarco estaba sin duda capacitado para producir otros entes de su misma especie, y aunque a Albert no le importaba sustentar a un compañero de viaje, maldito si estaba dispuesto a mantener a toda una familia de tales seres.

- No hace ninguna falta que te atormentes - le interrumpió el zarco. Como individuo, alcanzo una longevidad extraordinaria y rara vez procedo a la reproducción. Puedo hacerlo, claro, pero el proceso de reproducción es complicadísimo - de momento, tendría que crear un gemelo y no imprescindible. Además, no puede haber dos zarcos en un anfitrión. Mi vástago tendría que buscar otro alojamiento.

-¿Y dispondrían esos zarcos de los mismos poderes que tú?

- Naturalmente. Sabrían todo lo que yo sé, porque la memoria de un zarco no se concentra en un tejido especializado como tu cerebro.

Una lucecita empezó a alumbrar en la mente de Albert. Tal vez aquella era la solución para la conciencia social que tan fervientemente deseó en Antar.

-¿Molesta mucho la reproducción? , Preguntó.

- El proceso es incordiante, pero no doloroso... ni resultaría demasiado difícil, una vez establecidos los patrones en mis células. ¿Por qué lo preguntas?

- Se me acaba de ocurrir que existe cierto número de personas a las que un zarco les sentaría de maravilla. Unos cuantos de los muchachos más honestos de nuestra raza, mejorarían el nivel moral de esta Confederación si poseyeran esa cualidad... Y, desde luego, la observancia de la ley se cumpliría si sus representaciones se convirtieran en invencibles gracias a esos poderes psíquicos.

- Entonces, ¿quieres que me reproduzca?

- Es posible que fuera una buena idea, si encontramos hombres dignos de albergar zarcos. Puedo someterles al correspondiente análisis con mi telepatía, y quizá logremos...

- Permíteme una advertencia - intervino el zarco -. Aunque todo esto suena muy bien, existen dificultades, incluso tratándose de un anfitrión tan voluminoso como tú. Para duplicarme, necesitaré más energía de la que hay disponible en tu cuerpo. Te será penoso cumplir lo que debe hacerse.

-¿Qué es ello?

- Comer - dijo el zarco, ingerir grandes cantidades de alimentos de alto poder energético.

Tembló ante la idea de un Albert sobrecargando su aparato digestivo mucho más de lo que lo había sobrecargado en el curso de la semana anterior.

Pero la reacción de Albert Johnson vino a demostrar que, mientras sus relaciones físicas se habían estrechado de manera extraordinaria, mentalmente seguían distanciadísimos. Atónito hasta lo indecible, el zarco observó que aquello no le parecía a Albert una dura prueba, ni mucho menos.

FIN

De EN OTRA PARTE DE LA GALAXIA

Relatos seleccionados por Groff Conklin

E G Ciencia Ficción nº 5

Título original - ANOTHER PART OF THE GALAXY

Traducción M. Bartolomé

1968 by Ediciones Geminis S. A.

Escaneado por diaspar en julio de 1998